

LUIS ARAQUISTÁIN

AGUSTIN CUE CÁNOVAS

DOS VISIONES DEL ZAPATISMO



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

LUIS ARAQUISTÁIN
AGUSTIN CUE CÁNOVAS

DOS VISIONES DEL ZAPATISMO



CLÁSICOS
DEL ZAPATISMO

CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

Alejandra Frausto Guerrero

Secretaria de Cultura



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

Pedro Salmerón Sanginés

Director General

Felipe Arturo Ávila Espinosa

Director General Adjunto de Investigación Histórica

Gabriela Alejandra Cantú Westendarp

Directora General Adjunta de Difusión de la Historia

LUIS ARAQUISTÁIN
AGUSTIN CUE CÁNOVAS

DOS VISIONES DEL ZAPATISMO

MÉXICO 2019

Portada: Francisco Moreno Capdevila. Grabado en Linóleo. 1945.

El grabado apareció en la portada de la revista *La República*, número 18, el 15 de noviembre de 1949. Acervo INEHRM.

Primera edición, INEHRM, 2019.

D. R. © Luis Araquistáin “El Espartaco de México”, en *La revolución mejicana, sus orígenes, sus hombres, su obra*, Madrid, Renacimiento, 1930.

D. R. © Agustín Cue Cánovas “La Revolución y Emiliano Zapata”, en *Historia Mexicana II*, México, Trillas, 1976.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM)
Francisco I. Madero 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-089-2.

HECHO EN MÉXICO.

Índice

PARTE I

El Espartaco de México

Luis Araquistáin 7

PARTE II

La Revolución y Emiliano Zapata

Agustín Cue Cánovas..... 19



PARTE I

El Espartaco de México¹

Luis Araquistáin



¹ El presente texto apareció por primera vez en el libro de Luis Araquistáin *La revolución mejicana, sus orígenes, sus hombres, su obra*, publicada en Madrid, España, por la editorial Renacimiento, en 1930, pp. 99-110.

El valle de México y el valle de Cuernavaca, en el estado de Morelos, están separados por una cadena de montañas que el automóvil trepa por una carretera fina y bien conservada. Es la misma que construyeron los españoles, salvo un breve tramo que, por ser demasiado pendiente para el automovilismo, ha habido que rectificar: las máquinas de hogaño son más delicadas que los hombres de antaño. A mano derecha queda el sombrío monte Ajusco, guarida permanente de bandidos. De vez en cuando estos bandoleros, residuos degenerados de las tropas zapatistas —campesinos que se acostumbraron a la guerra y a la aventura y que luego, pacificado el escenario de sus primitivas andanzas, no pudieron readaptarse a la mísera vida de peones agrícolas— bajan a este camino de Cuernavaca, muy frecuentado de turistas norteamericanos que van a visitar las maravillosas grutas naturales de Cacahuamilpa.

Pocos días antes de una excursión a que fui invitado para recorrer Morelos, por el camino de Acapulco —puerto que, durante la colonización española, fue una de las llaves del Pacífico, señaladamente para el comercio con las Filipinas— ocurrió uno de estos atracos. Según iban llegando los automóviles de turistas, los bandidos los obligaban a internarse en un ramal de la carretera, para que no vieses la operación y no diesen la voz de alarma los oficiales del Ejército Federal o los empleados de obras públicas que van y vienen constantemente por ese trayecto. Una vez en lugar seguro, los salteadores hicieron descender de sus coches a

los viajeros, que ya se daban por fusilados. Pero cuál no sería la sorpresa de los aterrados excursionistas al advertir que, en vez de pasarlos por las armas, aquellos hombres harapientos y semisalvajes se quitaban respetuosamente el amplio sombrero y les leían con palabra lenta y torpe, poco familiarizada con la letra impresa, un papel lleno de mugre y casi roto por las dobladuras; tal vez una proclama revolucionaria de la época zapatista. Terminada la lectura, el jefe de la partida extendió el sombrero al asombrado auditorio y con su cadencia más meliflua les invitó cortésmente: “y ahora, señores, den lo que buenamente gusten para la causa”. Excusado es decir que los detenidos, ignorantes de la “causa” para la cual se les pedía con tan buenos modos, se apresuraron a volcar la plata de sus bolsillos en el recipiente de paja. Inmediatamente fueron puestos en libertad y continuaron el viaje. Esta escena se repetía con harta frecuencia, a pesar de la constante vigilancia de las tropas federales y de los terribles castigos que infligían a los atracadores si les daban alcance. En estos caminos de Morelos no es raro encontrarse con el siniestro cuadro de unos cuantos hombres ahorcados de los árboles. Pero mejor que este sistema de terrible ejemplaridad ha de ser la otra de educación y reparto de tierras que vienen realizando los gobiernos de México. El bandolerismo florece en los países sujetos a un régimen de esclavitud agraria. Así brotó el bandolerismo andaluz del siglo XIX y de condiciones semejantes ha nacido el de México, al desarticularse, por efecto de la Revolución de 1910, el férreo Estado porfiriano, más cruel y sanguinario que el propio bandidaje.

Sin embargo, no hay que inferir lo que fue el zapatismo de estas supervivencias que ultrajan su recuerdo y contribuyen a hacer perdurar una de las leyendas que se han formado en torno de Emiliano Zapata y de sus huestes: la leyenda de que sólo fueron una horda de forajidos, azote de la tierra



que dominaron durante nueve años, señores de horca y cuchillo y dueños de vidas y haciendas. La primera impresión que se recibe en Morelos al ver tantos ingenios de azúcar incendiados y en ruinas parece confirmar el título de Atila mexicano con que propios y extraños han querido envilecer el nombre de Zapata; pero lo cierto es que la mayor parte de esos incendios y saqueos no fueron obra de los zapatistas, sino de las tropas federales enviadas por Carranza al mando del general Pablo González, una de las figuras más sinuosas y predatorias del Ejército Mexicano.

A crear la leyenda del bandolerismo zapatista contribuyó principalmente el aspecto selvático de sus soldados. Nunca vistieron un uniforme militar, muchas veces patente de corso para toda clase de crímenes. Su uniforme era la blusa y los calzones blancos del campesino mexicano; el gran sombrero de paja, los pies generalmente descalzos. Y los rostros que rara vez tenían tiempo de afeitarse. De armamento andaban mejor. Tenían buenos fusiles, ametralladoras, hasta cañones de largo alcance y copioso “parque”, como llaman en México a las municiones; pero todo tomado a las tropas federales. Emiliano Zapata solía decir con orgullo: “Nosotros no hemos pedido al extranjero ni un cartucho, ni un fusil, ni un peso; todo lo hemos tomado del enemigo”.

Profesaba un hondo nacionalismo, cuyas raíces brotaban de los ejemplos despóticos de una dominación extranjera, que, a pesar de la Independencia subsistía aún como organización económica. La industria del azúcar, que en Morelos y otros estados del sur se había comido las tierras comunales para engrosar sus latifundios y que había ido dejando al indio en la miseria, reducido a peón de los ingenios, a siervo del más bárbaro feudalismo que ha conocido la historia moderna, sin exceptuar a la Rusia zarista; la industria azucarera seguía en manos de extranjeros. Y de ellos no quería Zapata ni el armamento con que luchaba su *jacquerie*.



Sin duda los zapatistas cometieron atropellos y crueldades. ¿Cómo negarlo? Era una guerra sin cuartel, en que los dos bandos mataban todo lo que se les ponía por delante, incluso a los prisioneros y a los paisanos sospechosos de la menor parcialidad. Era una guerra civil, una de las más tremendas que ha sostenido ningún pueblo, y dicho eso no hay que añadir más para reconocer que, de ambas partes, los crímenes fueron enormes. Pero si, dentro de la barbarie general, hubo alguna facción menos inhumana que las otras, ésa fue la de Zapata. Cuando sus tropas entraron en la Ciudad de México, después de la Convención de Aguascalientes, que por unos meses desposeyó a Carranza de la jefatura revolucionaria, la población de la capital tembló como ante la inminencia de un cataclismo. En la llegada de los zapatistas, desarrapados, sucios, hambrientos, con su pavorosa caracterización del bandido clásico, hoy vulgarizado por el cinematógrafo yanqui, vio otra horda de bárbaros tomando de nuevo a Roma. Pero pronto se tranquilizó la capital al descubrir, primero con estupor infinito y después con desagrado menosprecio, que aquellos salvajes, en vez de asaltar las casas y tiendas bien colmadas, como se temía, iban humildemente de puerta en puerta, pidiendo la limosna de una tortilla de maíz, el fusil en una mano y el sombrero en la otra. Interprétese como se quiera este hecho sin precedentes y lo más probable sin consecuentes. Dígase que fue un complejo de inferioridad de unas turbas rurales dominadas por el espectáculo de una civilización superior que les imponía invencible respeto. Lo positivo es que los zapatistas salieron de la capital de México con una aureola moral que rara vez alcanzaron las otras facciones. Si eran bandidos, lo habían disimulado gloriosamente durante su imperio en la capital, en la ciudad que guardaba el mejor botín de guerra.

No se compare a Zapata con Pancho Villa. Algunos “licenciados”, como llaman en México a los que han cursado la



carrera de leyes, y “doctores” en otras repúblicas de América, que al principio siguieron a Villa, han querido reivindicar la memoria de este guerrillero, presentando hechos de su vida que pretenden dulcificar algo la truculencia de su perfil sanguinario. Con ser grande su ferocidad y poco propicia para el panegírico o la simple excusa, una circunstancia la hace doblemente repulsiva: además de carecer de toda norma de la moral y el derecho, Villa no tuvo nunca la menor noción política. El Estado, para él, era el caballo sobre el cual, en sus tiempos de facineroso, huía por entre breñas de los “rurales” de Porfirio Díaz que le iban a los talones, o el vagón de ferrocarril que ocupaba siempre durante sus campañas, cuando el triunfo de la Revolución hizo del saltador solitario un cabecilla que, gracias a su arrojo y a la asesoría del general Ángeles y otros militares profesionales, llegó a pesar en los destinos de la República y estuvo, en una ocasión, a punto de ser el candidato predilecto de los Estados Unidos para la presidencia. Villa no fue un hombre de Estado, sino un hombre en estado de naturaleza y, en el mejor de los casos, un condotiero al servicio de cualquier causa, con tal que le diesen medios de guerra y de vida. Su mentalidad inculta e insensible no columbró jamás ninguno de los grandes problemas de la Revolución Mexicana. Su única pasión —la erótica aparte— fue la lucha y el mando, sin otra finalidad. Había nacido milenios antes del contrato social rousseauiano.

Igualmente inculto, Emiliano Zapata le aventaja —como a casi todos los revolucionarios de su tiempo— por una sensibilidad social agudísima, macerada desde su niñez. Germán List Arzubide cuenta que, siendo aún muy chico Zapata, como un día viera temblar de cólera impotente a su padre y llorar desconsoladamente a su madre porque un hacendado de las cercanías se había apoderado de todas las tierras comunales y amenazaba con sembrar su caña de azúcar has-



ta en las calles del pueblo, el niño Emiliano pronunció estas proféticas palabras: “¡Padre, cuando yo sea hombre, haré que nos devuelvan las tierras!”. Es posible que estas y otras frases atribuidas a Zapata pertenezcan al repertorio mitológico que se ha ido tejiendo en torno de su nombre. Pero no es preciso recurrir a las invenciones de sus prosélitos y admiradores para fijar los rasgos de una personalidad a quien puede llamársele sin exageración, salvo las diferencias de cuna, el Espartaco de la Revolución Mexicana. Hay palabras y actos suyos que pertenecen, no a la mitología, sino a la historia comprobada.

Antes que nadie, antes que el propio Madero, Zapata lanza el primer programa agrario de la Revolución de 1910. Es un programa sobrio y rudo, conocido por el Plan de Ayala; pero en él están en embrión la ley de 1915 y parte de la Constitución de 1917. Todas sus prescripciones pueden reducirse a una: restitución de las tierras de que, ilegalmente o con apariencias de legalidad, habían sido despojados los pueblos. Zapata no esperó a que su programa se hiciera ley federal. Antes lo hizo realidad en el estado de Morelos, creando un rudimento de gobierno independiente. Nombró un ministro de Agricultura y dispuso la constitución de Comisiones Agrarias en todos los distritos para repartir la tierra expropiada. También fundaron los zapatistas un banco rural cooperativo, primer ensayo popular de crédito agrícola en México.

Desgraciadamente, los primeros gobiernos revolucionarios centrales no dieron tregua al zapatismo, que tomaba demasiado en serio la revolución agraria. Primeramente, Madero intentó, en 1911, cuando él y Zapata se encontraron en Cuautla, disuadirle de un programa tan tajante; el nuevo gobierno no podía contraer tan graves compromisos; lo mejor era que él, Zapata, se quedase con una o dos de las mejores haciendas de Veracruz o que hiciese un viaje de descanso



a Europa, con cualquier misión oficial... Rehusó Zapata; él no quería riquezas ni honores para sí, sino justicia para todos. Entonces Madero, no pudiendo rendirle por la persuasión, mandó las tropas federales para convencerle a sangre y fuego. No le convencieron. Como tampoco, más tarde, las fuerzas de Carranza a las órdenes de Pablo González. Fue una guerra a muerte. En los breves descansos, los zapatistas ocultaban su fusil y labraban la tierra, para que no les faltara de comer. Eran soldados sin soldada que, al mismo tiempo que combatían, necesitaban cultivar sus campos para vivir. Todos pobres; no se enriqueció nadie. Gran ejemplo de austeridad casi religiosa. Desde el jefe hasta el último guerrillero, nadie se elevó sobre el nivel de la común pobreza. Esa fue la inmensa fuerza moral de Zapata sobre sus indios: su honradez acrisolada, rarísima en el caudillaje mexicano.

Y lo que no pudo la fuerza cara a cara lo hizo la traición más innoble que puede concebirse. Carranza se impacientaba porque Pablo González no concluía de exterminar a Zapata. Entonces Pablo González buscó entre sus oficiales uno capaz de la máxima felonía. Lo encontró. Se llamaba Guajardo. Se convino el plan. Guajardo se rendiría, con sus soldados, a Zapata, ofreciéndose a luchar a sus órdenes por la población india, como así lo hizo. Zapata respondió que creía a Guajardo "hombre de palabra y caballero y tenía confianza en que cumpliría al pie de la letra". Antes de sellarse el pacto de amistad, Zapata, a requerimiento de los suyos, se quejó a Guajardo de los saqueos, violaciones, asesinatos y robos cometidos por la soldadesca de uno de sus oficiales, Victoriano Bárcenas. Para dar más fuerza al simulacro de la rendición y acabar de ganarse la confianza de su nuevo jefe, Guajardo no tuvo escrúpulos en fusilar a 59 soldados de Bárcenas. La vida de Zapata bien valía tal holocausto. Después de ese horrendo crimen colectivo, precio del inminente crimen individual, Zapata y Guajardo concertaron su primera



entrevista en una hacienda próxima. Cada uno se presentaría sólo con una escolta de 30 hombres; pero Guajardo compareció con 600 y una ametralladora. Se adelantó Guajardo a la finca con el pretexto de custodiarla, en realidad para tomarla militarmente y preparar el recibimiento maquinado contra Zapata. Cuando Zapata llegó a caballo a la puerta de la hacienda, se encontró con que una guardia de Guajardo le esperaba allí, al parecer para rendirle honores. Sonó el clarín y la guardia en vez de presentar las armas las apuntó al pecho de Zapata y disparó a quemarropa. El gran revolucionario cayó muerto del caballo. Era el 10 de abril de 1919.

Así, a manos de la más vil alevosía, murió Zapata; pero, históricamente, su obra gana nueva vida según transcurre el tiempo. Gracias a él, se salvó la Revolución por dos veces. Lo cuenta, con despechada y tosca ironía, en su libro *Los grandes problemas de México*, Francisco Bulnes, uno de los “científicos” de Porfirio Díaz, mediocre escritor panfletario, con más pedantería que talento. Victoriano Huerta había pedido 1 500 soldados federales para aniquilar al incipiente zapatismo de Morelos. Don Porfirio llamó a consejo a sus ministros para estudiar esa solicitud del futuro asesino de Madero. Los pareceres en su mayoría fueron contrarios, fundándose en la creencia de que Zapata mandaba fuerzas muy superiores, más de 20 000 hombres, lo que entonces —como supone Bulnes— no era verdad. El creciente mito de la horda zapatista paralizó la acción de la dictadura porfiriana y así pudo, poco después, triunfar el movimiento de Madero. La segunda vez fue en 1913. Victoriano Huerta disponía de 8 000 hombres para dar la batalla a los revolucionarios de Sonora. Pero no pudo hacerlo porque a la retaguardia quedaban las huestes zapatistas, que se hubieran apoderado de la Ciudad de México. A Huerta le venció pues, Zapata, tanto como el ejército de Carranza. Durante nueve años el zapatismo fue una fuerza decisiva frente a la contrarrevolución y



una fuerza inspiradora de las nuevas leyes agrarias. Ya se le empieza a hacer justicia.

Cayó asesinado el hombre; pero sigue sobreviviendo su espíritu. Y muchos de los suyos ni siquiera creyeron en su muerte. Cuando su cadáver fue llevado a Cuautla, para que nadie dudase del crimen, comenzó a formarse otra leyenda, que aún perdura. La leyenda de que el cuerpo de Zapata se remontó por los aires con su caballo y que algún día ha de volver. Era, rediviva, la leyenda de Quetzalcóatl. El indio mejicano había personificado, al fin, el héroe tolteca en uno de los suyos. Y ahora el mito ya es casi realidad. Zapata—Espartaco—Quetzalcóatl— retornará en su alazán cuantas veces sea preciso, porque no ha abandonado la tierra de México y porque vive en el alma de cada indio.



PARTE II

La Revolución y Emiliano Zapata²

Agustín Cue Cánovas



² Este texto ha sido tomado de Agustín Cue Cánovas, *Historia Mexicana II*, 2a, edición, publicado en México por Trillas, 1976, pp. 329-334.

De Emiliano Zapata dijo José María Lozano, uno de sus enemigos, que no era un hombre sino un símbolo. Es falsa pues la afirmación de reaccionarios actuales en el sentido de que hasta mucho después de su muerte infame y dolorosa, se ha convertido su figura en la de un apóstol agrarista y de un gran reformador social.

En libros recientes, se sigue afirmando que Zapata no entendió ni sintió el problema agrario de todo México, porque su movimiento fue eminentemente localista, ya que lo restringió al estado de Morelos. Más adelante examinaremos la validez histórica de esta tesis.

Sin embargo, algún escritor reaccionario a su pesar se ve obligado a admitir que “si el zapatismo manchó su bandera con tropelías, crueldades inútiles, asesinatos y violencias de todos los tipos, *no por eso dejaba de tener bandera*”. Y agrega el distinguido escritor contrarrevolucionario que de Zapata no se conserva la memoria negra de un asesino sádico, como en el caso de otros jefes revolucionarios de distintas banderías.

Que Zapata fue el revolucionario que contó con menos elementos de combate es una verdad evidente. Esto explica los altibajos de su lucha, su sistema de guerrillas y la necesidad de conseguir en el campo enemigo los elementos indispensables para la subsistencia de sus soldados, que tenían que abandonar la lucha periódicamente para ir a sembrar la tierra y recoger la cosecha.

No es cierto, como se afirma, que al zapatismo lo hicieron nacional no los zapatistas, sino los errores de los políticos

de la época, demagogos y oportunistas e insinceros que pudieron convertir el programa de Zapata en bandera social de la Revolución. Si Zapata fue, desde el principio de su acción militar y política un símbolo de lucha y de justicia, es porque se hizo portavoz de las demandas sociales de todos los peones de las grandes haciendas azucareras de Morelos y de los campesinos explotados en los gigantescos latifundios de Guerrero, Michoacán, Oaxaca y muchas otras regiones, principalmente del centro y sur del país.

La Revolución Mexicana desde su iniciación constituyó un gran movimiento social de carácter contradictorio, porque a ella concurrieron grupos con intereses distintos y aun antagónicos. Madero y Carranza representaron las demandas de una burguesía territorial, urgida de un régimen de libertad económica y política que la permitiera crecer y desarrollarse. Villa fue, por su parte, exponente de una pequeña burguesía rural, representada principalmente por rancheros de la parte norte del país. Zapata, en cambio, fue el representativo de grandes masas de población campesina enfeudada, que habían sido despojadas de la tierra y sometidas al trabajo de las haciendas bajo un régimen de tipo servil, semejante en muchos aspectos al sistema medieval europeo. Estos intereses y aspiraciones diversos explican, en buena parte, los conflictos surgidos desde muy temprano entre los distintos grupos humanos que en la Revolución participaron, con su propio programa de reivindicaciones sociales y económicas. Zapata fue el hijo de la clase rural más miserable. Por eso su lucha por la tierra fue el fin supremo de su acción reivindicadora. En alguna ocasión, refiriéndose a los latifundistas, dijo textualmente: “Esos ricos tales por cuales ¿con qué derecho se han apropiado de la tierra que es obra de Dios? Yo quisiera ver que uno de ellos haga, con sus propias manos, un kilo de tierra”.



En uno de sus manifiestos expresó también, que la riqueza de la nación “se halla en manos de unos cuantos miles de capitalistas y de ellos una gran parte no son mexicanos”. Y continuaba diciendo que por un refinado y desastroso egoísmo, el hacendado, el terrateniente y el minero explotaban una pequeña parte de la tierra, del monte y de la veta, aprovechándose ellos solos de sus cuantiosos productos, y conservando la mayor parte de sus propiedades enteramente vírgenes, en tanto que muchos mexicanos vivían en la miseria. “Es más —seguía—, el burgués, no conforme con poseer grandes tesoros de los que a nadie participa, en su insaciable avaricia roba el producto de su trabajo al obrero y al peón, despoja al indio de su pequeña propiedad y, no satisfecho aún, lo insulta y golpea, haciendo alarde del apoyo que le prestan los tribunales”. Era necesario entonces, mejorar las condiciones económicas del pueblo, pero reformando de antemano las instituciones.

Es en su manifiesto de 20 de abril de 1917 donde se advierte la plena madurez del pensamiento social de Zapata. En este documento, poco conocido, el Caudillo de la Revolución Agraria contempla los otros aspectos de la reforma social mexicana. Y así dice:

Unidos los mexicanos por medio de una política general y amplia, que dé garantías al hombre de negocios; otorgar facilidades a todos los que quieran mejorar su porvenir y abrir horizonte más vasto a su inteligencia y a sus actividades; proporcionar trabajo a los que hoy carecen de él; fomentar el establecimiento de industrias nuevas, de grandes centros de producción, de poderosas manufacturas que emancipen al país de la dominación económica del extranjero; llamar a todos a la libre explotación de la tierra y de nuestras riquezas naturales; alejar la miseria de los hogares y procurar el me-



joramiento moral e intelectual de los trabajadores creándoles más altas aspiraciones.

Rebelde vigoroso y tenaz fue Emiliano Zapata. Durante una década luchó, insobornable a las promesas y a las amenazas. Alguien lo ha llamado el “Morelos” de la Revolución Mexicana, no por su genio militar, sino por su convicción agrarista y su enérgica decisión en favor de los miserables y desheredados. Como *calpolleque*³ de Anenecuilco, su sufrido y heroico pueblo natal, representó también el clamor de un pueblo sin tierra. Con razón el 25 de octubre de 1911 en la tribuna de la Cámara de Diputados, el diputado a la XXVI Legislatura, don José María Lozano, miembro del tristemente célebre cuadrilátero de la ignominiosa época huertista, al anunciarse que Zapata estaba a las puertas de México, dijo con su palabra elocuente:

Emiliano Zapata no es un bandido; ante la gleba irredenta que alza sus manos en señal de liberación, Zapata asume las proporciones de un Espartaco; es el reivindicador, es el libertador del esclavo, es el prometedor de riquezas para todos; ya no está aislado, ha hecho escuela, tiene innumerables prosélitos.



³ N. del E. Término nahuatl que significa “Guarda de barrio”.



LUIS ARAQUISTÁIN
AGUSTIN CUE CÁNOVAS

**DOS VISIONES
DEL ZAPATISMO**

Fue editado por el INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS
HISTÓRICOS DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO.
Se terminó en julio de 2019 en la Ciudad de México.

Dos visiones del zapatismo, nada más atinado que este título que pretende reunir las reflexiones de dos escritores sobre dicho movimiento revolucionario. Uno, Luis Araquistáin (1886-1959), periodista español, miembro del Partido Socialista Obrero Español (PSOE); el otro, Agustín Cue Cánovas (1913-1971), mexicano, catedrático e historiador.

Araquistáin visitó México en el transcurso de su estancia de dos años en Latinoamérica, en 1928 escribió un libro sobre la Revolución Mexicana y sus hombres y dedicó uno de sus apartados a Emiliano Zapata, mismo que tituló “El Espartaco de México”. En este texto describe un primer encuentro, durante un recorrido por el estado de Morelos, con los remanentes del zapatismo, hombres que bajo el amparo del Plan de Ayala permanecían en lucha por la “causa”, la restitución legal de sus tierras. Y es a partir de ese encuentro que Araquistáin reconoce en Zapata al verdadero impulsor del programa agrario implementado por la Revolución de 1910. Hace una revisión del Zapata líder, de su lucha y de lo artero de su asesinato, para así explicar la permanencia de la “causa” entre los campesinos de Morelos.

Cue Cánovas fue abogado, escritor, docente, historiador, periodista, catedrático y pedagogo; egresado de Escuela Nacional de Maestros, a su vez fue formador de generaciones de pensadores sociales. Dedicó su obra escrita a una nueva revisión sobre la historia de México, en especial del siglo xx.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



2019
AÑO DEL CAMPELÁN DEL SUR
EMILIANO ZAPATA